

# **JESÚS, HOMBRE DE SU TIEMPO Y DE SU ESPACIO**

## **NOS REVELA NUESTRA HUMANIDAD**

por Sr. M. Chiara

### **III. Déjate convertir a la Vida**

Ante el sufrimiento causado por la muerte de sus seres queridos, Jesús puede guiarnos para convertir nuestra mirada en relación a la vida y a la muerte. Para quién está en el amor de Jesús, ¿dónde está la frontera entre los dos? Para quienes están en él, ya existe una semilla de continuidad. El dolor de una separación permanece, no se puede sofocar, pero quizás se puede convertir... se puede experimentar en la presencia de Jesús en quien todos estamos vivos. ¿Realmente habrá resucitado Lázaro? Más allá de la historicidad del hecho, el evangelista Juan nos cuenta cómo evoluciona la mirada y el corazón de la comunidad de discípulos; cómo el dolor adquiere un color diferente cuando están en relación con el Señor de la Vida. Propongo a todas mirar este texto como un movimiento de mentalidad, como una conversión de afectos, representada por tres personas concretas, símbolo de toda la comunidad en camino. Martha, María y Lázaro se convierten en nuestro camino hacia la humanidad de Jesús, la verdadera humanidad.

### **Invoquemos al Espíritu Santo**

¡Ven, Espíritu Santo! ¡Ven!  
Que tu Amor entre con fuerza  
con la riqueza de su fecundidad.  
Que se vuelva fuente de Vida, de tu Vida inmortal.  
Pero, ¿Cómo me puedo presentar ante ti,  
sin ser totalmente disponible, dócil,  
abierto a tu ternura?  
Señor, háblame: ¿qué quieres que haga?  
Pongo atención al ligero susurro de tu Espíritu  
para comprender tus diseños,  
para abrirme a la misteriosa incursión  
de tu misericordia.  
Ayúdame a entregarte mi vida  
sin pedirte explicaciones.  
Es un gesto de amor, un gesto de confianza  
que te hace irrumpir en mi existencia  
con la generosidad cual Señor que eres.

*Anastasio Ballestrero*

### **1. Lectio** *Leer la Palabra*

Del Evangelio según Juan 11, 1-46

*Había un hombre enfermo, Lázaro de Betania, del pueblo de María y de su hermana Martha. María era la misma que derramó perfume sobre el Señor y le secó los pies con sus cabellos. Su hermano Lázaro era el que estaba enfermo. Las hermanas enviaron a decir a Jesús: «Señor, el que tú amas, está enfermo». Al oír*

esto, Jesús dijo: «Esta enfermedad no es mortal; es para gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella».

Jesús quería mucho a Martha, a su hermana y a Lázaro. Sin embargo, cuando oyó que este se encontraba enfermo, se quedó dos días más en el lugar donde estaba. Después dijo a sus discípulos: «Volvamos a Judea». Los discípulos le dijeron: «Maestro, hace poco los judíos querían apedrearte, ¿quieres volver allá?». Jesús les respondió: «¿Acaso no son doce la horas del día? El que camina de día no tropieza, porque ve la luz de este mundo; en cambio, el que camina de noche tropieza, porque la luz no está en él». Después agregó: «Nuestro amigo Lázaro duerme, pero yo voy a despertarlo». Sus discípulos le dijeron: «Señor, si duerme, se curará».

Ellos pensaban que hablaba del sueño, pero Jesús se refería a la muerte. Entonces les dijo abiertamente: «Lázaro ha muerto, y me alegro por ustedes de no haber estado allí, a fin de que crean. Vayamos a verlo». Tomás, llamado el Mellizo, dijo a los otros discípulos: «Vayamos también nosotros a morir con él». Cuando Jesús llegó, se encontró con que Lázaro estaba sepultado desde hacía cuatro días.

Betania distaba de Jerusalén sólo unos tres kilómetros. Muchos judíos habían ido a consolar a Martha y a María, por la muerte de su hermano. Al enterarse de que Jesús llegaba, Martha salió a su encuentro, mientras María permanecía en la casa. Martha dijo a Jesús: «Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto. Pero yo sé que aun ahora, Dios te concederá todo lo que le pidas». Jesús le dijo: «Tu hermano resucitará». Martha le respondió: «Sé que resucitará en la resurrección del último día». Jesús le dijo: «Yo soy la Resurrección y la Vida. El que cree en mí, aunque muera, vivirá: y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás. ¿Crees esto?». Ella le respondió: «Sí, Señor, creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que debía venir al mundo». Después fue a llamar a María, su hermana, y le dijo en voz baja: «El Maestro está aquí y te llama». Al oír esto, ella se levantó rápidamente y fue a su encuentro.

Jesús no había llegado todavía al pueblo, sino que estaba en el mismo sitio donde Martha lo había encontrado. Los Judíos que estaban en la casa consolando a María, al ver que esta se levantaba de repente y salía, la siguieron, pensando que iba al sepulcro para llorar allí. María llegó a donde estaba Jesús y, al verlo, se postró a sus pies y le dijo: «Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto». Jesús, al verla llorar a ella, y también a los judíos que la acompañaban, conmovido y turbado, preguntó: «¿Dónde lo pusieron?». Le respondieron: «Ven, Señor, y lo verás». Y Jesús lloró. Los judíos dijeron: «¡Cómo lo amaba!». Pero algunos decían: «Este que abrió los ojos del ciego de nacimiento, ¿no podría impedir que Lázaro muriera?». Jesús, conmoviéndose nuevamente, llegó al sepulcro, que era una cueva con una piedra encima, y les dijo: «Quiten la piedra». Martha, la hermana del difunto, le respondió: «Señor, huele mal; ya hace cuatro días que está muerto». Jesús le dijo: «¿No te he dicho que si crees, verás la gloria de Dios?».

Entonces quitaron la piedra, y Jesús, levantando los ojos al cielo, dijo: «Padre, te doy gracias porque me oíste. Yo sé que siempre me oyes, pero le he dicho por esta gente que me rodea, para que crean que tú me has enviado». Después de decir esto, gritó con voz fuerte: «¡Lázaro, ven afuera!». El muerto salió con los pies y las manos atadas con vendas, y el rostro envuelto en un sudario. Jesús les dijo: «Desátenlo para que pueda caminar». Al ver lo que hizo Jesús, muchos de los judíos que habían ido a casa de María creyeron en él. Pero otros fueron a ver a los fariseos y les contaron lo que Jesús había hecho.

Leamos el texto varias veces y detengámonos en las diferentes escenas, en los personajes.

## Para profundizar

Estamos en el capítulo once, en la primera parte del evangelio de Juan, el libro de los signos (1-12). Nuestro texto forma parte del último apartado: **La conclusión de los signos y la prefiguración de la "hora"**. Habla del séptimo signo, después del ciego de nacimiento en el capítulo nueve, al que seguirán las reacciones conflictivas que decidirán la muerte de Jesús. Si en el capítulo nueve Jesús se revela como "Yo soy la luz" y sigue la señal del recobro de la vista del ciego de nacimiento, aquí está la revelación de "Yo soy la Resurrección y la Vida" con la consiguiente resurrección de Lázaro.

Estas fórmulas de autorrevelación abren un camino en referencia al "yo soy" que encontramos en el capítulo 3,14 del Éxodo: la revelación de Dios a Moisés en la zarza ardiente. Detengámonos en estos dos elementos interrelacionados, la fórmula de autorrevelación y el signo.

**"Yo soy":** en nuestro texto es la quinta vez que aparece "Yo soy", especificado por una palabra figurativa. En Juan hay siete de estas palabras, imágenes que describen toda la cristología. Reúne la divina preexistencia de Jesús como Dios (YO Soy) con la dimensión salvífica del hombre gracias a conceptos como pan, pastor, puerta, luz, resurrección y vida, camino-verdad-vida, vid verdadera. Significa que Jesús es todo lo que Dios es *con* la humanidad y *para* la humanidad: se cumple la petición de Moisés para que Dios muestre su rostro. Es la misma petición de Felipe a Jesús: muéstranos al Padre. Los que me han visto a mí, han visto al Padre, responde Jesús. Detrás de toda expresión figurativa está, por tanto, la necesidad de Dios, que Juan ayuda a reconocer precisamente a través de los diferentes conceptos-deseos que se mencionan en cada situación; como camino hacia la última necesidad que es Dios-Vida.

**El signo:** Juan llama signos a los milagros de Jesús. Son siete, es decir, plenitud, ya que para el evangelista son suficientes para revelar y comunicar a los creyentes la plenitud de gracia y de verdad que la Palabra ha traído a los hombres (1,14.16). Este término, en lugar de *dynamis*, nos dice que Juan favorece no la dimensión del evento en sí, sino su significado: la pregunta que quiere que nos hagamos como lectores es: "¿qué significa esto"? El signo, por tanto, debe ser una señal que nos invite a seguir adelante, hasta el signo más grande, el octavo, que es la Resurrección de Jesús, signo anunciado en 2,19.21 y completado en el v. 20.

Subdividamos el texto:

### **Introducción**

**malentendidos**

**la humanidad en camino**

**desatar las vendas (ataduras)**

### **Introducción**

El acontecimiento en torno al cual se desarrolla toda la historia, y sobre el que estamos llamadas a hacernos la pregunta "¿qué significa esto?", es la enfermedad de Lázaro. Se presentan los personajes implicados: María y Martha, representantes de la comunidad joánica en un viaje de comprensión ante la relación entre la muerte y un nuevo sentido de la vida. Son personajes representativos de una comunidad en la que Juan da testimonio de ellos como de una relación de amor con Jesús, es decir, de una relación de discipulado. Los discípulos son, de hecho, aquellos que se saben amados. En este texto surge primero una comprensión del amor como amor de amistad: *fileo* es el término que usan las dos hermanas para designar a Lázaro como amado por Jesús; pero luego el evangelista nos revela lo que por ahora está oculto a los tres discípulos reiterando que Jesús amaba a Martha, a María y a Lázaro: a quienes Jesús ama con un amor que comunica vida. De hecho, el término *agapao* se usa para decir amor.

Una particularidad de esta primera parte del texto es la referencia a un hecho que se describe más adelante en el capítulo 12,1: María unge los pies de Jesús con un precioso perfume

de nardo, secándolos con su cabello. El evangelista parece querer decirnos que estemos atentos al camino de esta discípula que asume las características de la esposa del Cántico, que es la única que intuye el camino de Jesús, lo acompaña en silencio sin estorbarlo, y se prepara simbólicamente, con el "desperdicio" del perfume, al excedente del don de la vida. Es una profecía del entierro: ese aroma, el aroma del amor, perdurará y acompañará a Jesús... ¿qué nos está tratando de sugerir Juan?

## **Malentendidos**

Al enterarse de la noticia de la enfermedad de Lázaro, Jesús permanece donde está por dos días. Juan sigue un largo debate entre Jesús y los discípulos que no entienden. ¿Por qué volver a Judea donde lo quieren matar (10,39)? ¿Lázaro duerme o está muerto? Es paradójico que Jesús se alegre por los discípulos, *chairo*, por no haber estado allí presente, para que así ellos crean, ya que él va a despertarlo: se alegra de la nueva vida que ya está en Lázaro porque es su discípulo. Es algo oculto a los ojos de sus interlocutores, algo que se manifestará.

Es de día, dice Jesús, se ve la luz y no se tropieza, por eso es hora de trabajar para revelar al Padre. La mención del día y la noche es la referencia a la jornada en Palestina en el tiempo de Jesús. Dos partes iguales de 12 horas: 12 horas de día y luz, 12 horas de noche y oscuridad. Juan ve la vida de Jesús como una jornada en la que las 12 horas de luz son las asignadas por el Padre a su actividad como Verbo Encarnado. Estas son las horas en las que Jesús debe caminar para desempeñar su misión de enviado, hasta que llegue la hora del cumplimiento. Durante las horas del día, Jesús puede caminar con seguridad porque aún no ha llegado la noche, donde se tropieza y se puede caer. En el momento de la salida de Judas para entrega a Jesús, el evangelista, de hecho, dirá: "Y era de noche" (13, 30).

## **La humanidad en camino: Martha y María hacia Jesús**

En Betania, Lázaro ha estado en el sepulcro durante cuatro días. Un indicio importante para indicar la irreversibilidad de la muerte: según la tradición judía, los muertos no accedían al *sheol* hasta que la apariencia del rostro permanecía como tal, es decir, tres días. Entonces el difunto, como una sombra, bajaba al lugar de los muertos donde se reunía con los Padres. En la casa del muerto se permanecía de luto, en silencio, mientras afuera se hacía el lamento fúnebre. Martha y María reciben la visita de muchos judíos: podemos deducir que la comunidad de la que habla Juan todavía está insertada en la tradición judía, aún no tiene esa identidad que la distingue como seguidora de Jesús y por tanto rechazada por la tradición. Sin embargo, el evangelista parece subrayar que es precisamente la presencia del hombre Jesús lo que hace mover las antiguas convicciones: es su comportamiento el que lleva a Martha y a María, según su connotación específica de carácter, hacia una relación diferente con la muerte, a través de la manifestación de los efectos del vínculo con él: la continuidad de la vida. El evangelista nos hace partir desde dos perspectivas distintas, la de Martha y la de María: las podemos ver a ambas como aspectos de la humanidad en camino, ante la plenitud de la humanidad revelada por Jesús.

**Martha** es la impetuosidad de los que van al encuentro de Jesús para reprocharle su ausencia; como a un profeta, le solicita que le pida a Dios un acontecimiento extraordinario; tiene

todas sus certezas adquiridas. De hecho, ante la provocación de Jesús que le dice que su hermano resucitará, **ella lo sabe**, es ella quien sabe que su hermano resucitará el último día. En esta declaración, está profundamente arraigada en la tradición judía. ¿Cómo puede recibir la palabra de Jesús "Yo soy la resurrección y la vida"? Nos parece interesante notar los verbos con los que el evangelista subraya ese "creer", ante la afirmación de Jesús de que "quien cree en él, aunque muera, vivirá", "no morirá para siempre", y ante la pregunta a Martha "¿crees en esto?", especificando en el "creer" una dimensión duradera de la acción, una continuidad de efecto del acto de creer. La respuesta de Martha es un sí: "creo", con un valor resultante, es decir, enfatiza el resultado en sí mismo de una acción completada. Aparentemente una gran declaración en Cristo, hijo de Dios que viene al mundo, pero a la luz de este verbo parece surgir en cambio una declaración de fe, fruto de lo que considera ya adquirido; de una fe que todavía no es capaz de dar un salto, de abrirse a la novedad. De alguna manera es una fe que todavía es fruto de una raíz judía a superar.

Juan, en cambio, está haciendo una nueva afirmación que llena el presente de quienes consienten a Cristo, la séptima autorrevelación de Jesús: ahora Él es resurrección y vida. La resurrección y la vida están presentes en ese momento, en ese entrelazamiento de relaciones fraternales y amistosas, que hacen de la dimensión emocional y de la necesidad de un vínculo que no se rompa, un **sustrato humano** para poder recibir una eternidad que no significa mayor duración, sino que es vida de diferente calidad, vida fecundada por el amor, por la relación con el Amor. Una resurrección que no anula el dolor humano; no se vislumbra solo como una meta, sino como una realidad dinámica y en expansión que ahora inicia con una adhesión hacia el Viviente. No hay sustracción de la ley biológica de la muerte, sino que un poder del Amor impregna toda la existencia haciéndola eterna y una comunión más amplia. Sin embargo, Martha, frente a la piedra que hay que mover, dirá que Lázaro apesta.

A **María**, sentada en la casa, llega una solicitación. Es la discípula que espera. Martha le dice en secreto que el maestro la está llamando y ella se levanta rápidamente. María es la llamada, que se levanta de su quietud para encontrarse con el Maestro. En el capítulo 10 de Juan, el capítulo del Buen Pastor, se hace referencia a la voz del Pastor que llama, y las ovejas, las suyas, que conocen la voz, lo siguen. No siguen a otros, sino a su pastor. Las ovejas conocen la voz del pastor que da la vida por ellas: las llama y ellas lo siguen... y María, llamada, va a Jesús. María se nos presenta como la discípula/oveja que reconoce al maestro/Pastor. Las ovejas reconocen: María lo conoce. En el sentido bíblico, conocer no es un acto intelectual, sino una relación de comunión: María es quien entra en un camino de comunión con quien da vida en abundancia (10,10). Está presente todo el peso del dolor por su hermano muerto, como para Martha; también para ella la muerte se debe a la ausencia de una presencia, a la ausencia de Jesús, pero Juan nos hace vislumbrar un matiz de actitud.

De hecho, para decir que los judíos que están con ella la ven levantarse, usa la palabra griega *aneste*, resucitada, y nos la muestra en actitud de adoración a los pies de Jesús aunque llorando (el término que se usa para María y para los judíos que lloran más bien indica un lamento). Todo esto nos hace comprender un camino diferente al de Martha. Un camino de comunión-conocimiento, más que un conocimiento enraizado en lo ya conocido; un camino que tiene en sí mismo un pequeño germen de resurrección, más dispuesto a acoger la novedad de la manifestación del Pastor que da vida en abundancia. Es María quien, de hecho, inmersa en esta comunión-conocimiento, será capaz de intuir la profundidad de la vida de Jesús convirtiéndose

en símbolo conyugal (12, 1ss) y en profecía del don del esposo: unge el cuerpo de antemano para el entierro. Podemos vislumbrar el camino de discípula de María, como símbolo de comunión conyugal y profecía, a través del pasaje de este capítulo 11: la respuesta a una llamada que inicia la posibilidad de transformación de su llanto, del lamento del dolor, al encuentro con la humanidad de Jesús, con su forma de vivir el dolor.

Miremos entonces **la humanidad de Jesús**. La primera reacción que Juan nos presenta ante María y ante los judíos que se lamentan, podría traducirse como un bufido, un temblor interno. Podríamos atribuirlo a la intolerancia por la actitud de quienes están frente a él, es decir, por un duelo y separación vividos en la desesperación. Pero es también la rebelión de Jesús ante la impetuosidad de la muerte misma: él, la Vida, enfrentado a la muerte, con la separación de los seres queridos, con la muerte que interrumpe relaciones, que causa infelicidad.

La segunda reacción es el paso por la desorientación, palabra semejante a la usada en 12,27 (donde Jesús, antes de su hora, después de la breve parábola de la semilla, dice que si no muere ésta queda sola, pero si muere dará mucho fruto) y en 13, 21 (cuando anuncia que uno de los suyos lo entregará). La muerte, de hecho, tocará a Jesús personalmente: en ningún momento puede sentirse indiferente ante este acontecimiento que siempre tiene que ver con sus sentimientos y con sus limitaciones como hombre. La muerte de Lázaro es el signo más cercano a la realidad de la muerte y resurrección de Jesús. Aunque Juan presente a Cristo como Rey, resucitado en el trono de la cruz, como alguien que no vive la situación aguantándola sino que domina la escena en forma libre y soberana, no quiere decir que su humanidad sea exenta de desorientaciones. Es un hombre real.

También se percibe que Jesús, a pesar de su estremecimiento interior, respeta y es capaz de entrar en la dimensión de quien está frente a él, se coloca a su nivel: a su pregunta de dónde colocaron a Lázaro, los judíos responden "Ven y mira". Esta frase recuerda la invitación de Jesús a los primeros discípulos en 1, 39, pero con un cambio total de dirección: Jesús invita a los suyos a un lugar de vida, a la comunión con su Padre, a su morada; los judíos invitan a Jesús a un lugar de muerte, hacia una morada completamente diferente, al sepulcro. Jesús va con ellos, descendiendo al nivel de quien tiene delante, al nivel de la perspectiva de la piedra de un sepulcro: es el descenso de la *Kenosis*, la dinámica de la encarnación: él también será colocado en un sepulcro.

Allí Jesús llora. Literalmente es lagrimar, verbo diferente al llanto/lamento de María y de los judíos; diferente al lamento de Jesús sobre Jerusalén (Lc 19,41). Intuimos que Juan quiere expresar algo único, un llanto que es el desborde del dolor que tiene un significado diferente. Es el hombre-Dios que lagrima: el dolor por el dolor ajeno, por la intensidad de una amistad con Lázaro, pero también se manifiesta el llanto de amor de Dios porque en lugar de un camino hacia el lugar de la vida, el hombre considera ciegamente sólo el aspecto de la muerte; es un prisionero de la tumba, no ve más allá. El hombre no comprende, es incapaz de recibir una nueva vida. El llanto también nos lleva de regreso a Hebreos 5, 7, donde Cristo en los días de su carne, con fuertes gritos y lágrimas, implora a quien puede salvarlo de la muerte y es escuchado por su piedad.

También en este texto, Jesús es el Hijo que se vuelve al Padre con la certeza de ser escuchado, que da gracias; que está siempre en relación con él. Siempre es el enviado que no puede hacer nada por sí mismo sino sólo puede hacer lo que ve realizar al Padre (5,19). Como el Padre resucita a los muertos y da vida, así también el Hijo (Jn 5, 21). El que escucha su palabra y cree en Quien le ha enviado, tiene vida eterna; no va a juicio, sino que ha pasado de muerte a vida"

(Jn 5, 24). Jesús está siempre en relación, con el Padre y con los que escuchan su palabra. Este último, un discípulo perfecto, pasa de la muerte a la vida: por tanto, podemos considerar a Lázaro del relato de este capítulo 11, como el discípulo perfecto que pasa de la muerte a la vida. No sólo esto, sino que Jesús lo llama en voz alta para que salga de la tumba. Nos vienen a la mente los versículos del capítulo 5 donde Jesús dice que "llega una hora, y es ahora, cuando los muertos oirán la voz del hijo de Dios y los que la han oído vivirán".

### **Quitar la piedra**

Una dinámica emocional muy rica habita la humanidad de Jesús y nos revela cómo Dios está a nuestro lado en el dolor de una separación, pero también cómo quiere liberar a su comunidad del infligirse dolor sobre dolor, cuando permanece aniquilada, presionada contra una piedra de tumba. La vida se enfrenta a la muerte; ante la tumba, todavía un escalofrío antes de ordenar quitar la piedra: quien esté alrededor debe quitar la piedra, y Martha aún debe aprender a sumergirse en un nuevo evento, más allá del "hedor" del cadáver. El primer paso es quitar la piedra, la roca. La tarea solicitada por Jesús es eliminar el obstáculo para mirar más allá. Se usa el futuro del verbo *horao, opse*, para indicar, que si Martha cree, verá la gloria de Dios. Esta forma del verbo ver, como ahora sabemos, indica un ver-experimentar. Notamos que la fórmula usada por Jesús con Martha en el versículo 40 es similar a la del versículo 25b. Aparece un paralelo entre "aunque muera, vivirá" (v. 25b) y "verá la gloria de Dios" (v. 40). Podemos entender que, como dice San Ireneo: "La gloria de Dios es el hombre vivo", pero estará siempre vivo, si vive en Aquel que es Vida (cf. v. 26). La premisa es creer con valor existencial y el primer paso es quitar la piedra de una mentalidad esclerótica, endurecida, pesada como piedra, que separa a los que han desaparecido. Si todo esto se quita, el muerto puede salir porque la voz del Hijo clama fuerte.

### **Desatar las vendas**

Hay que dar otro paso: desatar las vendas y soltarse. Para la comunidad, Lázaro es todavía prisionero de los lazos de la muerte (Sal 115, 3), sólo la comunidad podrá disolver los lazos con los que lo aprisionó en una muerte sin esperanza. Hay que dejarlo ir, devolverlo a una nueva vida, a ese banquete de comunión que describe Juan en el capítulo 12, donde Lázaro es un comensal y donde María acoge y celebra, desperdiciando perfume, sobre la humanidad del Esposo que, por amor, también irá al sepulcro.

## **2. Meditatio** *meditar la Palabra*

Jesús nos hace comprender que estamos hechos para la vida, somos una unidad de cuerpo, alma y espíritu formados para recibir el Espíritu del Resucitado, para que el cuerpo se convierta en transparencia y lugar de crecimiento, en una relación de vida que se expande más allá de la muerte.

¿A qué grito podría parecerse el mío? ¿Al lamento desesperado o al dolor de Jesús? ¿Qué roca impide la evolución de mi vida y la de los demás? ¿Puedo ver lo que es esclerótico en mí? ¿Qué

lazos me mantienen inmóvil, me impiden ser libre y liberar el dolor del otro? ¿Qué puedo aprender de la pedagogía de Jesús, de su humanidad?

A veces, parece que nuestras palabras tengan que defender a Dios, como las palabras de los amigos de Job, pero la única verdad es que estamos conmocionados por el dolor. Quizás una forma es dejar que Jesús convierta nuestro trastorno en sus lágrimas.

Volvamos a leer el n. 9 de la Regla de Vida con la conciencia de un camino siempre abierto ante nosotros, que da esperanza al dolor.

### **3. Oratio** *rezar la Palabra*

¡Señor Jesús, si te dignaras  
acercarte a mi tumba,  
y si me lavarás con tus lágrimas,  
porque no tengo, en mis ojos endurecidos,  
lágrimas suficientes para lavar mis pecados!  
¡Si llorases por mí, estaría a salvo!  
Si fuese digno de tus lágrimas,  
borraría el mal olor de todos mis pecados.  
Si fuese digno de que llorases aunque sea un poco,  
me llamarías desde la tumba de este cuerpo  
y dirías "Sal", para que mis pensamientos no quedasen prisioneros  
en los estrechos espacios de este cuerpo,  
sino que salieran hacia Cristo, se iluminasen,  
y ya no pensase más en las obras de las tinieblas,  
sino en las obras de la luz.  
De hecho, aquellos que piensan en el pecado  
se esfuerzan por encerrarse en sí mismos.  
Así que ¡llama a tu siervo!  
Aunque, si atado por las vendas de mis pecados,  
y encadenado de pies y manos,  
y esté casi enterrado en pensamientos y obras de muerte,  
si me llamaras, saldría libre y me encontraría siendo  
uno de los invitados a tu banquete.  
Tu casa se llenaría de perfume precioso, si vigilaras sobre quien te has dignado redimir.

S. Ambrosio

### **4. Contemplatio**

Miremos las lágrimas de Jesús que no solo comparten el dolor sino que se convierten en una voz que nos saca de nuestras muertes definitivas. Saboreemos la esperanza de una presencia siempre cercana.

### **5. Collatio** *compartir la Palabra*

Movamos los pesos las unas de las otras al compartir nuestra experiencia de la Palabra.